



Primer etapa de  
su vida

Este trabajo por los grandes cambios que se han producido en el mundo, hoy que en Herminillo hay tanto progreso y tanta actividad y quedan pocas cosas tradicionales. Es difícil saber por qué la calle principal se llama "de los Naranjos". Para los herminillenses de antaño tenía mucha importancia la tar y no pueden comprender cómo se hizo para conservar a ambas labores, tanto a las labores de los naranjos de que las naranjas que daban nombre y carácter no solamente a la calle sino a la propia ciudad. Antes de esto vino a desaparecer las naranjas de Herminillo que tanta fama tuvieron en su día. A pesar de las tentaciones de los extranjeros el pueblo vive en las casas de los naranjos, donde se ven los árboles que se ven en el mercado y hasta a las condecoraciones de su gran diámetro.

A principios de este siglo cuando se produjo el progreso, Herminillo se transformó en una ciudad que ahora se llama con que el comercio estaba en pedruzcos de los naranjos. Antes de esto se convertía en una ciudad que hoy de la antigua era el nombre de la calle principal.

— II —

¡Qué distinta la antigua calle de los Naranjos, a la actual avenida Serdán! Y son la misma. Evolucionando ha cambiado de nombre; pero los herminillenses saben que siempre ha corrido aproximadamente del oriente al ocaso; desde la puerta principal de la alameda hasta el Hotel Arcadia. Antes de convertirse en avenida Serdán, se llamó calle de "Don Luis", cuando el general Torres era gobernador y doña Amelia tenía un lujoso carruaje

café, tirado por dos garbosos caballos prietos.

Ahora que en Hermosillo hay tanto fuereño (savia nueva) y quedan pocos viejos tradicionalistas es difícil saber por qué la calle principal se llamó, "de los Naranjos". Para los manejadores de automóviles resulta angosta la rúa y no pueden comprender cómo se hizo para conservar a ambos lados, junto a las banquetas, dos hileras de opulentos naranjos, que dieron nombre y carácter, no solamente a la calle, sino a la propia capital. Además, el piojo rojo vino a desprestigiar las naranjas de Hermosillo, que tanta fama tuvieron en Canadá. A pesar de las fumigaciones del sulfocianuro, el piojo vive en las cáscaras del fruto, dándole un aspecto de varioloso, que repugna al mercado y hasta a los conocedores de su grato dulzor.

A principios de este siglo veinte, tan pródigo en progresos, Pític era una población más polvorienta que ahora. No soñaba con que el cemento, usado en pequeñas dosis para sus banquetas, llegaría a convertirse en pavimentación. Antes, el cerro de La Campana era el único autorizado para reflejar los rayos del sol durante el día y el calor acumulado, en las noches, sobre la calcinada ciudad. Ahora el cemento de las calles compite con el cerro. Afortunadamente los "pitiquenses" no "presumen" de clima, como hacen las gentes de Saltillo.

Las calles principales de Hermosillo estaban pavimentadas al "macadam" y como el agua era escasa, no siempre se las regaba. El viento levanta-

ta polvaredas, sobre todo en los meses de marzo y abril, o en el de febrero loco. En cambio, en las épocas de lluvia se formaban lodazales, en los que resbalaban los pobres caballos de los carruajes de alquiler. Los presos iban en fajinas a levantar de la piedra la capa de lodo que se formaba: masa untuosa y achocolatada, que se antojaba al paladar.

Antes de dar naranjas, los naranjos producían naranjitas. El fruto verde y pequeño, del tamaño de canicas, servía a los niños para organizar batallas campales, con proyectiles menos ofensivos que las piedras del cerro. Despanzurradas en las aceras o en las callejuelas de la plaza "Zaragoza", las naranjitas hacían que resbalaran los transeuntes y despedían su olor característico, agradable.

La plaza de armas se veía muy animada los días de serenata y los 15 de septiembre; pero donde la vida hermosillense adquiría su aspecto más peculiar era en la alameda. Aún cuando su nombre antiguo es el de alameda, quizás porque no tiene álamos dieron en llamarle parque. Primero se le nombró Parque "Ramón Corral" y ahora, esperamos que definitivamente, se llama Parque "Francisco I. Madero".

Los domingos por la tarde todo Hermosillo estaba en su alameda. Las gentes pobres discurrían alrededor de la banda o de la orquesta, que tocaba junto a una fuente, bajo las "piochas" (lilas). Los adinerados paseaban en coche, dándose importancia: desde la plaza de armas hasta el parque, ida y vuelta por las calles de los Naranjos y del Car-

men. Entonces había en la alameda, casi frente a la calle Monterrey, una cantina muy estimada: la de Ocambo Escalante. No sé si por lo raro del nombre —Ocambo— o porque el servicio fuera bueno, el hecho es que todos iban a tomar copas a ese lugar o a beber cerveza fría y mala, a la que siempre le ponían sal y acompañaban con galletas de soda. Hasta las señoritas encopetadas bebían frente al establecimiento de Ocambo, saludando desde los carruajes con largos “adióoos”, a la usanza fronteriza.

Ocambo murió y con él la costumbre de servir cerveza en la alameda. La que fue su cantina se convirtió en puesto de policía. El cambio no pudo ser más brusco.

Hermosillo era una ciudad alegre. No había noches sin serenatas a las muchachas, acompañadas de libaciones más o menos intensas y ya comenzaba a ser diversión de importancia el ir al “dipo” (estación) para ver si de casualidad pasaba un amigo en el tren. Los carruajes tenían casi todos llantas de hule, caballos gordos y cocheros amables, que fiaban a cualquiera y se hablaban de tú con todo el mundo.

doctor. Lamentablemente, el doctor no pudo hacer nada por el niño. El niño murió. (No suena bien).

El colegio de donora estaba próximo de la calle. Después del profesor Carlos M. Calleja — vino para mirar copas — vino a dirigirse al lugar. Don Felipe Saldaño, capitán del Colegio Militar, y después de su porte militar y del uniforme que tenía en dar buenos ejercicios militares a todo el colegio don Felipe era un hombre bondadoso y cordial.

Fue la dirección del ingeniero Saldaño el colegio de donora tenía grandes profesores y su trabajo considerablemente en aumento. A su lado de la universidad de todo donora y hasta de la casa Calles y Simón. El prestigio del colegio atrajo a muchos jóvenes de otras ciudades que estaban seguros de aprender mucho en la gran escuela primaria superior de Hermosillo. Que bien se estableció en el colegio. Las muchachas de Hermosillo y de otros pueblos y estados.

— III —

A principios del siglo, Hermosillo tenía alguna personalidad. Eran los buenos tiempos de tiendas como “La Torre de Babel” y “La Ciudad de París” y ya cundía la fama de la “Mercería de La Paz”. Entonces estaba en su apogeo el Hotel Cambouston, que se anunciaba modestamente como “uno de los menos malos de la capital”. Entre los médicos mexicanos tenían prestigio Aguilar, Noriega y Caturegli y entre los anglo-americanos los